

taba para hacer entender de donde venían. Cuando Renata les veía regresar juntos respiraba en aquel ambiente de que venían saturados, todos sus caprichos y ansiedades.

—¿De dónde vendréis?—les decía,—oléis á pipa y á almizcle. De seguro conseguiréis que me dé la jaqueca.

Y aquel extraño olor la aturdió profundamente. Aquel era el persistente perfume de semejante hogar doméstico.

Máximo se había apasionado de la pequeña Silvia, fastidiando ya á su madrastra con aquella chica. Renata, la conoció en seguida de pies á cabeza: Tenía Silvia una señal azulada sobre la cadera; sus rodillas eran seductoras, sus espaldas estaban marcadas por un solo hoyuelo. Cierta tarde los coches de Renata y Silvia tuvieron que detenerse uno al lado del otro en medio de la confusión de los Campos Eliseos. Mirábanse las dos mujeres con viva curiosidad, mientras Máximo, atraído por aquel crítico lance, bromeaba en voz baja. Cuando el coche comenzó á rodar, viendo que su madrastra guardaba sombrío silencio, esperó algún regaño de los que acostumbraba á echarle en sus horas de hastío.

—¿Conoces al joyero de esa señora?—le preguntó bruscamente cuando llegaban á la plaza de la Concordia.

—Sí, por desgracia,—contestó Máximo sonriendo.—Le debo diez mil francos, ¿por qué me lo preguntas?

—Por nada.

Y después de una pausa, añadió:

—Llevaba un brazaleté muy bonito. Hubiera querido verle de cerca.

No dijo más, pero al día siguiente cuando Máximo se disponía á salir con su padre, llamóle á parte y le habló en voz baja con alguna turbación, como pidiéndole algún favor.

Aquella tarde la llevó el brazaleté de Silvia para que lo viese.

—Aquí está,—dijo.—Por tí sería uno hasta ladrón, querida mamá.

—No sabe que lo has traído—preguntó Renata examinando la joya.

—Me parece que no. Como lo llevó ayer, no querrá lucirlo hoy.

Mientras, Renata se lo había puesto y acercándose á la ventana levantando el brazo le hacía girar lentamente.

—Es muy bonito. Unicamente las esmeraldas no me gustan.

En aquel momento entró Saccard.

—¡El brazaleté de Silvia!—exclamó con asombro.

—¿Lo conocías?—dijo la joven más turbada que él y sin saber dónde poner el brazo.

Saccard indicando á su hijo, exclamó:

—Ese tunante nos traerá el mejor día el brazo de la dama con el brazalete.

—No he sido yo,—repuso Máximo con maligna intención.—Ha sido Renata quien ha querido verlo.

—¡Ahl—se limitó á decir el marido.

Y examinando la joya, repitió como su mujer:

—¡Es muy bonito, muy bonito!

Retiróse después tranquilamente, y Renata regaña á Máximo por haberla vendido de aquel modo, pero éste contestó que su padre no se preocupaba de aquello.

—Pues bien,—dijo la joven,—toma el brazalete y encarga al mismo joyero uno igual para mí, solo que, en lugar de esmeraldas quiero záfiro.

Aristides Saccard no podía poseer nada sin que pensase en sacar de ello alguna utilidad. Aun no había cumplido su hijo veinte años, cuando pensó en buscarle mujer y dote, sin perjuicio de aplazar ó anticipar el casamiento según lo exigiesen los acontecimientos. Tuvo suerte, hallando en un Consejo de Vigilancia de que formaba parte un señor á propósito, el señor Mareuil, de quien en dos días se hizo dueño.

Era este caballero un antiguo refinador del llavre, que se llamaba Bonnet y que después de haber reunido una gran fortuna se había casado

con una joven de la nobleza, muy rica también y que buscaba un marido necio pero de buen aspecto. Bonnet consiguió usar el apellido de su mujer, y su matrimonio le había despertado locas ambiciones, soñando con una elevada posición política.

Puso su dinero al servicio de los nuevos periódicos, compró propiedades en la Nievre y no paró hasta prepararse una candidatura en el Cuerpo Legislativo.

Fracasó, pero su aspecto continuaba soberbio merced á su rostro pálido de hombre pensador y á su magestad solemne. Entonces se agarró á Saccard como á su tabla de salvación, sabiendo que iba á quedar nuevamente vacante una candidatura en la Nievre.

Aristides Saccard como hermano del ministro le hizo suyo y le indicó en seguida la idea de un enlace entre su hija Luisa y Máximo. Mareuil se deshizo en efusiones y llegó á creer que había sido él el primero en concebir tal idea, considerándose dichoso al emparentar con la familia de un ministro, pareciéndole además que esperaba á Máximo un brillante porvenir.

Luisa tendría según su padre un millón de dote. Fea, contrahecha pero agradable, estaba condenada á morir joven. Una afección al pecho minaba su vida y la producía cierta gracia atractiva. Las

jóvenes enfermas envejecen de prisa y se hacen mujeres antes de tiempo. Luisa inocentemente sensual, parecía haber nacido á los quince años en plena pubertad. Su madre había sido una mujer sana y robusta, y Mareuil creía recordar algún detalle que explicaba el raquitismo de aquella niña, y su fealdad viciosa y sonriente. Decíase que Elena de Mareuil había muerto en medio de los desbordamientos más vergonzosos.

La puerilidad de aquella joven era una continuación de los vicios de su madre. Nada la asombraba á medida que crecía, no ignoraba nada, discurrendo sobre las cosas prohibidas con el desembarazo y la seguridad de quien al volver de una larga ausencia, no tiene más que alargar la mano para encontrar las cosas en su sitio.

Aquella chiqueta informe, mezcla incomprendible de candor y travesura, debía concluir por agradar á Máximo y parecerle mucho más graciosa que Silvia.

Acordóse el matrimonio y se convino en dejar crecer á los chicos. Las dos familias vivían, pues, en íntimo trato y mientras el señor de Mareuil trabajaba en candidatura, Aristides acechaba su presa, prometiéndole como regalo de boda su nombramiento de auditor en el Consejo de Estado.

Saccard acababa de hacerse construir su hotel

dél parque Monceaux sobre terrenos robados al Municipio. Habíase reservado en el primer piso un soberbio gabinete, decorado de palosanto y oro, con regia biblioteca, sin un solo libro, y en el que una enorme caja de hierro se destacaba sobre el muro como un santuario.

Su asociación con los señores Mignon y Charrier le producía cuantiosos beneficios, el negocio de los inmuebles iba cada vez mejor y el *Crédito Vitícola* era una mina inagotable. Enumerando sus riquezas aturdió á las gentes; su acento gaugoso de provenzal, parecía marcarse más, y aquella turbulencia mímica de hombre rico contribuía en parte á proporcionarle fama de emprendedor afortunado que había conquistado.

Su capital limpio, no era ciertamente conocido y sus mismos asociados que forzosamente habían de estar enterados de su situación con respecto al negocio que con ellos tenían, esplicábanse su colosal fortuna, creyendo en su absoluta suerte y en otras especulaciones que desconocían.

Gastaba el dinero á manos llenas, aquello era demencia, rabia de dinero, puñados de oro arrojados por las ventanas, la caja vaciada todas las tardes y vuelta á llenar durante la noche sin saber cómo.

Entre aquella colosal fortuna que parecía el desbordamiento de un torrente, iba arrastrada y

ahogada la dote de Renata. Quiso esta, al principio, administrar sus bienes, pero se cansó en seguida, considerándose después pobre en comparación de su marido. Agobiada de deudas, hubo de recurrir á él, pedirle préstamos y ponerse á discreción suya. Cada vez que pagaba una cuenta se iba entregando más, le confiaba títulos de renta y le autorizaba para vender algo.

Cuando se alojaron en el hotel del Parque Monceaux, ya estaba Renata casi del todo despojada. Saccard, reemplazando al Estado, la pasaba la renta de cien mil francos procedentes de la calle de la Pepiniere, después de hacerla vender la propiedad de la Sologne, para colocar el dinero, según él decía, en un gran negocio. Quedábanla sólo los terrenos de Charonne, los cuales no quería enagenar por no afligir á su excelente tía Isabel. Pero Saccard preparaba un ingenioso golpe con la ayuda de Lansoneau.

De este modo Renata debía estarle agradecida, pues si se había apoderado de toda su fortuna, la pagaba en cambio la renta cinco ó seis veces. La de los cien mil francos, unida al producto de la Sologne, ascendía á unos nueve ó diez mil francos, lo necesario justamente para pagar á su camisera y á su zapatero. Importaba pues lo que la daba Saccard ó pagaba por ella, quince ó veinte veces más.

Renata sentía, como todo el mundo, un profundo respeto hacia la monumental caja de su marido, sin que se la ocurriese inquirir el origen de aquel río de oro que corría por su casa. Duplicaron el número de sus coches y sus trenes, vistieron de gran librea azul un ejército de criados y desplegaron un lujo desmedido en las habitaciones exteriores cuyos cortinajes descorrían los días de recepción.

En medio de aquellas espléndidas habitaciones, en aquel mágico palacio de advenedizo, aspirábase el olor de Maville, sentíase el descoco de las bailarinas, y se veía pasar toda la época con sus locuras y su sed de placeres. Allí vivía un matrimonio libremente á la vista de sus criados. Habíanse repartido el edificio como si fuera un hotel alquilado después de un largo viaje, donde aun no hubieran tenido tiempo de abrir las maletas por correr en busca de los goces de una ciudad nueva. Solo permanecían en él los días de gran comida, entrando á veces cada veinticuatro horas un momento como se entra en el cuarto de una fonda para descansar un momento entre una y otra correría.

Renata sentíase á veces nerviosa ó irritada bajo aquellos ricos artesonados, quedando aburrída y cansada después de las grandes fiestas; hubiera deseado para llenar aquel lujo alguna diversión

suprema, que en vano buscaba, allá en el saloncito de color de sol y en el invernadero de vejetación tropical y lujuriosa.

Respecto á Saccard, había llegado á su ideal, recibía á la alta banca en el señor Tontín Laroche y Lauwereus, á los eximios políticos en el barón Gourand, el diputado Haffner y su hermano el ministro que también había ido dos ó tres veces á darle importancia con su presencia. Volvía tan impetuoso que sus amigos decían de él: «Este demonio de Aristides, gana demasiado, y acabará por perder la razón». En 1860 fué condecorado en premio á cierta gestión secreta referente al prefecto, sirviendo de testaferra á cierta dama en un chanchullo de terrenos.

Recién instalado en el Parque Mauceaux ocurrió un suceso en la vida de Renata que la dejó impresión indeleble. El hermano de Aristides había resistido á las súplicas de su cuñada que ardía en deseos de ser invitada á los grandes bailes de la corte. Cedió el Ministro al cabo. Cuando vió asegurada la posición de Aristides y Renata vió llegar por fin la gran noche.

Iba vestida espléndidamente; Worms se había excedido en un momento de inspiración. El traje consistía en una sencilla gasa blanca, guarnecida de volantes estrechos recortados y ribeteados con terciopelo negro. La túnica tenía el escote cua-

drado y muy bajo. No lucía ni una flor ni un lazo, solamente lucía brazaletes y diadema de oro sin cincelar.

Cuando al separarse de su marido se vió á plena luz en los salones experimentó cierta especie de trastorno, entre aquella barahunda de voces fracs negros y hombros blancos. Entonces apareció el Emperador. Cruzaba lentamente el salón, cogido del brazo de un general bajo y regordete, que respiraba fatigosamente. Las damas se separaron á su paso en dos filas discretamente. Renata hallábase en el extremo de la fila cerca de la segunda puerta, hacia la cual se dirigía el Emperador con vacilante paso.

Iba de frac, con la banda roja del gran cordón cruzada sobre el pecho, y como Renata á causa de la emoción distinguía mal, parecíale aquella mancha una mancha sangrienta que llenaba todo el pecho del príncipe, á quien encontró pequeño con las piernas demasiado cortas y el basto demasiado flexible, pero estaba tan deslumbrada, que le creía hermoso, á pesar de su rostro bilioso y amarillento y sus pesados y plomizos párpados que caían sobre sus adormecidos ojos. Entreabría bajo el bigote perezosamente la boca, en tanto que su nariz sobresalía huesosa y prominente en medio de su fisonomía desvanecida.

El Emperador apoyado en el rechoncho general,

continuaba avanzando lentamente. Miraban á las damas inclinadas ante ellos, y sus ojeadas deslizábanse á derecha é izquierda entre los escotes.

Renata sintió de pronto sus miradas fijas sobre ella. El general la contemplaba con ojos muy abiertos, mientras el Emperador, levantando sus dormidos párpados, lanzaba insolentes fulgores de sus ojos mortecinos. Renata, confusa, bajó la cabeza, inclinóse, y no vió más que las flores de la alfombra, pero siguió con la vista la sombra de los dos personajes, y comprendió que se detenían un instante ante ella. Parecióla oír al Emperador que murmuraba contemplándola:

—General, he ahí una flor sin coger, un misterioso clavel matizado de blanco y negro.

Y el general contestaba con voz brusca:

—Señor, esa flor sentaría bien en vuestro ojal.

Renata levantó la cabeza, la aparición había desaparecido y una oleada de la multitud ocultó la puerta.

Desde aquella vez volvió frecuentemente á las Tullerías, y tuvo el honor de ser cumplimentada por Su Majestad, pero no olvidó jamás el paso tardo y pesado del Emperador, en medio del salón, entre las dos filas de mujeres descotadas; y cuando disfrutaba algún nuevo goce en la crecien-

te fortuna de su marido, volvía á representarse al príncipe dominando todas las cabezas inclinadas, dirigiéndose á ella, y comparándola á un clavel que el obeso general le aconsejaba colocar en el ojal de su levita.

Aquel episodio fué para Renata la nota más aguda de su existencia.